

BACHELARD Y FREUD. LA VIGILANCIA EPISTEMOLÓGICA*

Marcela Renée Becerra Batán – Cristina Paula Ramírez

Universidad Nacional de San Luis

En el marco de una investigación ya iniciada, intentamos hoy indagar los instrumentos conceptuales que Bachelard toma de Freud para construir la categoría de «vigilancia epistemológica», como así también mostrar el lugar que esta categoría ocupa en la propuesta bachelardiana. En tal sentido, seguiremos los principales textos donde Freud desarrolla el concepto de «superyó», para luego mostrar el agenciamiento teórico que realiza Bachelard, con el fin de producir nuevos efectos de conocimiento en el territorio epistemológico.

Como primer tramo del recorrido que aquí proponemos, acudimos a la obra de Freud. En esta obra, el concepto de «superyó» aparece en el año 1923, en el texto *El yo y el ello*, en el marco de su segunda tópica o segunda teoría del aparato psíquico. No obstante, este concepto fue esbozado tempranamente por Freud. Antes de definirlo como una instancia separada del yo, ya en sus experiencias clínicas y teorizaciones acerca de los sueños (*La interpretación de los sueños*, del año 1900), Freud advirtió la presencia de una función que tendía a prohibir la toma de conciencia de los deseos y la realización de los mismos que se hacía presente en la censura de los sueños, reconociendo además que esta censura actuaba de forma inconsciente. En tal sentido, Freud afirmaba que en la estructura del yo y en las exteriorizaciones dinámicas de la conciencia moral, podíamos individualizar el censor del sueño. Más tarde, en casos de neurosis obsesivas, Freud observó fenómenos de autorreproches y los vinculó con un sentimiento de culpabilidad inconsciente.

Con el texto *Introducción del Narcisismo*, del año 1914, Freud precisa el concepto de «Narcisismo» y desarrolla el segundo dualismo pulsional: libido del yo y libido objetal. En este artículo, Freud elabora el manejo que tempranamente hace el yo de las pulsiones, planteando el desarrollo del yo como un distanciamiento respecto del narcisismo primario; distanciamiento que engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este alejamiento se produce por medio de un desplazamiento de la libido a un «ideal del yo» impuesto desde fuera, y ahora la satisfacción se obtiene en el cumplimiento de ese ideal. (Nótese que Freud ha introduci-

do los conceptos de «ideal del yo» o «yo ideal», sin realizar mayores distinciones entre ambos). Pero además, y conforme al principio económico, el yo ha emitido inversiones libidinosas de objeto, y por esto se ha empobrecido en favor de esas inversiones, así como en favor del ideal del yo; sin embargo, el yo vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y por el cumplimiento del ideal. Pero este ideal del yo impone difíciles condiciones de satisfacción libidinal con los objetos, pues su censor rechaza por inconciliable una parte de dicha satisfacción.

Grandes montos de libido (...) fueron convocados para la formación del ideal narcisista del yo y en su conservación encuentran drenaje y satisfacción.¹

El «ideal del yo» sería, entonces, una instancia de cierta autonomía, depositaria del narcisismo originario, proyectada ante sí por el propio yo y que le sirve a éste como referencia para medir sus propias realizaciones culturales según la vara de un ideal. La incitación para formar ese ideal del yo, cuya tutela se confió a la conciencia moral, partió de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por ciertas «voces» interiores, y a la que en el transcurso del tiempo se sumaron educadores, maestros y personas del medio. En tal sentido, Freud aclara que el ideal del yo presenta, además de un componente individual, un componente social, pues es también el ideal común de una familia, de un estamento o de una nación. La insatisfacción por el cumplimiento de ese ideal libera libido, que se transforma en conciencia de culpa o angustia social. Y según lo ya trabajado en *Totem y Tabú* (1912), la conciencia de culpa es originariamente angustia frente al castigo de parte de los padres y ante la posibilidad de perder su amor, y más tarde, los padres son reemplazados por la multitud indeterminada de instancias sociales en las que participa el individuo.

Posteriormente, en *Duelo y Melancolía*, en el año 1915, Freud notó de modo especial, en enfermos de melancolía, la presencia del componente sádico del ideal del yo, que se visualizaba en autorreproches y autodenigraciones que llegaban hasta el punto de delirantes expectativas de castigo. Estábamos ya en presencia de una instancia crítica escindida del yo, que coincidía con aquella usualmente denominada como «conciencia moral». Esta instancia era la resultante de un conflicto entre un «yo crítico» y un «yo alterado» por una identificación narcisista con el objeto que el melancólico había perdido. Dicho «yo alterado por una identificación» nos remite a la formación del ideal del yo.

Tras estos esbozos del concepto, en *El yo y el ello*, Freud elabora una nueva tópica, arribando finalmente a la noción de «superyó» como instancia separada del yo. Su función es comparable a la de un juez o censor respecto del yo, que

opera ya como conciencia moral, ya como autoobservación, ya como instancia formadora de ideales. Este «superyó» es «heredero del complejo de Edipo», y su formación supone una internalización de exigencias y prohibiciones parentales, encarnando la ley y prohibiendo su transgresión. Esta instancia es de formación histórica, enriquecida por aportes culturales y exigencias sociales. En este artículo, el aparato anímico presenta tres instancias: ello, yo y superyo, y se exponen los grandes lineamientos de su dinámica psíquica, movilizadas esencialmente por el juego pulsional entre *eros* y *thanatos* –ya teorizado en el artículo *Mas alla del principio del placer* (1920)–. Cuando Freud nos explica la génesis del yo, dice que éste se forma en gran parte por identificaciones que toman el lugar de investiduras del ello resignadas. Asimismo, estas primeras identificaciones se comportarán como una instancia particular dentro de un yo todavía endeble, y *se contrapondrán al yo como superyó*. Tras el fortalecimiento del yo, éste podrá ofrecer mayor resistencia a tales influjos de identificación. El superyó debe su posición particular respecto del yo a dos factores; el primero, por ser la identificación inicial, ocurrida cuando el yo estaba todavía en formación; y el segundo, por ser el heredero del complejo de Edipo, que introdujo en el yo los objetos más grandiosos (identificaciones parentales). El carácter del superyó proviene originariamente del complejo paterno, en su facultad de contraponerse al yo y dominarlo.

Es el monumento de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aún sobre el yo maduro. Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó.²

Así como el yo es una parte del ello modificada por la percepción o por el influjo de la realidad, y el superyó es una parte del yo que se contrapone como juez, podemos inferir la estrecha relación que mantiene el superyó con el ello. Recordemos que, según Freud lo concibe, el superyó descende de las primeras investiduras de objeto del ello, y por lo tanto del complejo de Edipo; esto además significa que el superyó guarda relación con las adquisiciones filogenéticas del ello, y así se convierte en la reencarnación de anteriores formaciones yoicas, que han dejado su sedimento en el ello. Por esto el superyó mantiene una duradera afinidad con el ello, y puede dominarlo y representarlo frente al yo; se sumerge profundamente en el ello, y por esta razón está más distanciado de la conciencia que el yo. Freud aclara más adelante que el sentimiento de culpa normal conciente se debe a la tensión entre el yo y el ideal del yo, que es la expresión de una condena del yo por su instancia crítica. Gran parte del sentimiento de culpa permanece

inconciente, por relacionarse de manera íntima con el complejo de Edipo que, precisamente, tiene caracter inconciente. El superyó mantiene estrechos vínculos con el ello inconciente, proviene en cierta forma de lo oído, y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones-palabra (conceptos, abstracciones), pero la energía de investidura no es aportada al superyó por la percepción auditiva, la instrucción, etc, sino que la aportan las fuentes del ello.

Ahora bien, el superyó se ha formado por una identificación con el arquetipo paterno, y esta identificación tiene el caracter de una sublimación (desexualización). A raíz de estos procesos, se produce una desmezcla de pulsiones; es decir, una difusión de las principales pulsiones que habían logrado establecer un equilibrio económico. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más fuerza para ligar toda la destrucción aliada con él (pulsión de muerte), y ésta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser.

En *El Malestar de la cultura*, texto del año 1930, al analizar la cultura y su vínculo con las dos pulsiones primordiales, Freud explicita que la inclinación de la originaria disposición pulsional del ser humano encuentra en la cultura un obstáculo para su concreción. La cultura es un proceso particular que abarca la totalidad de la humanidad en su transcurrir, y dicho proceso estaría al servicio el eros, puesto que en la humanidad los seres están ligados libidinalmente entre sí. La pulsión agresiva propia del individuo se opone a la cultura, y se presenta bajo la hostilidad del «uno contra todos y todos contra uno». De allí que, para que el proceso cultural siga adelante, se exige una renuncia pulsional; el individuo debe orientar y volver inoperante la agresión y, en pos de este trabajo, interioriza la agresión. Ésta es acogida por el superyó, que se contrapone al resto del yo como conciencia moral y se prepara para ejercer sobre el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho en otros individuos ajenos a él. La cultura se ocupa de dominar el impulso agresivo debilitándolo, desarmándolo y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior.

Si ahora nos dirigimos a Bachelard, y como lo hemos señalado en anteriores trabajos, subrayamos que tempranamente éste realiza agenciamientos teóricos de resultados del psicoanálisis freudiano para elaborar su propuesta epistemológica. Sin embargo, los textos más elocuentes en este sentido (*La formación del espíritu científico*, *El psicoanálisis del fuego*, entre otros) no desarrollan la categoría de «vigilancia epistemológica». Debemos esperar hasta el año 1948, en el que Bachelard escribe *El racionalismo aplicado*, para ver aparecer explícitamente tematizada la categoría de nuestro interés.

Sin embargo, si bien en *La formación del espíritu científico* no se habla todavía

de «vigilancia epistemológica», creemos que en este texto dicha categoría está supuesta en los procesos de construcción del espíritu científico y de su objeto de conocimiento, pues tales procesos implican un triunfo sobre obstáculos epistemológicos y una rectificación de errores; precisamente, para triunfar sobre obstáculos y rectificar errores, es necesaria una previa vigilancia epistemológica, en tanto advertencia crítica de los mismos. La vigilancia es también planteada aquí por Bachelard como un «control» que efectúa sobre sí el sujeto que se encamina hacia el objeto de conocimiento científico. En tal sentido, y comentando a Baldwin, Bachelard explica que este control supone un cierto «frenado» de los estímulos primeros, y que conlleva además la experiencia y la conciencia de cierto fracaso, pues el sujeto arriba a comprender que su primera marcha hacia el objeto no era propiamente «objetiva» y que, por tanto, es digna de rectificación. Además de ello, Bachelard afirma que este «control» es primeramente social, pues supone «someter el conocimiento del objeto al control ajeno».³ Dicho control ajeno proviene del legado de la historia de la ciencia que cultivamos y de los otros –pares, discípulos y particularmente, maestros– con los que interactuamos en una particular región de la ciudad científica. Podría ya leerse aquí lo que Bachelard afirmará más tarde: el superyó que juzga acerca de los valores del conocimiento es de construcción histórica, y lleva en sí la marca de un peculiar legado cultural y social. Asimismo, y a la luz de elementos que consideraremos más adelante –la diferencia entre «censura» y «vigilancia», que promueven la una un «rigorismo metodológico» y la otra una «búsqueda de rigores específicos»–, recordamos con Bourdieu que el control de la comunidad científica puede provocar dos efectos opuestos: o bien impedir la producción de nuevos conocimientos científicos o bien favorecerlos a partir de una vigilancia estimulante; la cual, por su parte,

*tiende a constituir y reforzar sin cesar en cada uno la aptitud de vigilancia epistemológica.*⁴

La todavía no tematizada «vigilancia epistemológica» aparece también en este texto como la exigencia de una «confesión», en tanto manifestación de una conciencia subjetiva de fallas intelectuales y una voluntad de rectificación de las mismas:

*Puesto que no hay proceso objetivo sin la conciencia de un error íntimo y básico, debemos comenzar las lecciones de objetividad por una verdadera confesión de nuestras fallas intelectuales.*⁵

Esta confesión ha de ser realizada frente a y junto con otros en la ciudad científica, en el ejercicio pedagógico de la actitud objetiva. Dicho ejercicio somete a juicio el «sentimiento de tener razón», remueve la «indolencia intelectual» que nos aquieta en la satisfacción por los logros racionales ya conquistados, e inquieta nuestra razón proponiéndole enigmas. En síntesis, en el texto considerado, Bachelard anticipa el concepto de «vigilancia epistemológica» al referirse al «control» y a la «confesión». Ambas posibilidades remiten en última instancia a un «psicoanálisis del espíritu científico» como análisis y resignificación de una historia doble: la historia de lo que fue y la historia normativa de lo que *debe ser* en la propia vida científica:

Las líneas de inferencia que conducen a las ideas científicas deben ser dibujadas partiendo de su origen efectivo; el dinamismo psíquico que las recorre ha de ser vigilado.⁶

En *El Racionalismo Aplicado*, nos encontramos finalmente con la categoría de «vigilancia epistemológica». La misma se reconoce deudora de los desarrollos freudianos del «superyó», y se presenta como una reformulación de dicha noción, llevada al campo de la epistemología, con el fin de fundamentarla:

En verdad, es el problema de un ortopsiquismo lo que se plantea para fundamentar la epistemología.⁷

La expresión «ortopsiquismo» se refiere, precisamente, a un «psiquismo normativo», que ha de ser distinguido del «psiquismo contingente». Para penetrar en tal distinción, Bachelard afirma inicialmente que en el sujeto de conocimiento se encuentran escisiones, divisiones o dualismos; de los cuales se detiene en el doblete controlante/ controlado. Retomando aquí desarrollos del psicoanálisis freudiano, Bachelard plantea el superyó como una instancia observadora que se separa del resto del yo, siendo el primero el controlante y el segundo, el controlado. Pero en este punto, la noción freudiana de «superyó» experimenta un recorte, pues en Bachelard no se trata de una «conciencia moral» en sentido amplio, sino de un «superyó intelectual» o «superyó cultural», que específicamente juzga acerca de los valores del conocimiento:

En su forma activa, este superyó se manifiesta en nosotros como suma de las personas que nos juzgan; que, sobre todo, nos han juzgado, también que podrían virtualmente juzgarnos.⁸

Esta instancia es de formación histórica, y es a la vez censora y posibilitadora en la construcción del objeto de conocimiento y, correlativamente, en la formación del sujeto de conocimiento científico. En este punto, debe distinguirse entre «censura» y «vigilancia»; mientras que la censura es de carácter absoluto y conduce al bloqueo del sujeto de conocimiento ante ambivalencias insuperables, la vigilancia es de carácter relativo, e instala al sujeto ante el dinamismo de las dialécticas, que posibilitan la libre recreación del legado cultural que nos transmite la historia de la ciencia. Pero la censura, que siempre opera, puede impedir esta reconstrucción del conocimiento y llevar a una «clausura prematura» de la creatividad científica, cercándola dentro de los límites de la repetición de lo ya elaborado. A pesar de todo ello, es posible para el sujeto esclarecer la división entre yo y superyó, psicoanalizar al superyó *en tanto que superyó*, y fundar entre yo y superyó un espacio de diálogo, que promueva la resignificación de la propia historia del sujeto de conocimiento, para ir hacia nuevas reconstrucciones y conquistas racionales. Este singular psicoanálisis es, justamente, la vigilancia epistemológica, cuya tarea es la de:

sustituir el superyó de formación histórica –contingente y arbitrario– por un superyó coherente, un superyó abierto a la cultura.⁹

El superyó deviene así un juez juzgado por nosotros mismos. Tras el ablandamiento de lo absoluto de las censuras en favor de vigilancias relativas, el sujeto de conocimiento es estimulado y llamado a su propia promoción cultural. Pero tal promoción depende de la disposición de la vigilancia epistemológica que, en distintos niveles, hará posible desplegar un «bifilosofismo» –un auténtico racionalismo y empirismo a la vez–, tener una clara conciencia de la aplicación rigurosa de un método que va en busca de rigores específicos, proponer nuevos métodos llegado el caso, y hasta arribar a la dimensión del pensar o del poetizar.

En textos posteriores, Bachelard volverá sobre la vigilancia epistemológica, aunque sin tematizarla nuevamente. En la compilación de textos denominada *El compromiso racionalista*, plantea que:

...es necesario –por medio de tentativas sutiles– llevar a la razón no sólo a dudar de su obra, sino también a dividirse sistemáticamente en cada una de sus actividades.¹⁰

Creemos que tales «tentativas sutiles» son las del ejercicio de la vigilancia epistemológica en sus distintos niveles, según las cuales la razón puede dividirse a sí misma, por dialéctica interna.

Bachelard busca ahora detenerse en un «psicoanálisis del conocimiento racional», que dé cuenta de la razón desde el punto de vista de una «lógica psicologizada». A diferencia de una «lógica pura», que explica reductivamente el

*pensamiento de cualquiera que estudia cualquier cosa, no importa dónde ni cuándo,*¹¹

es necesario explicitar con el mayor detalle posible la psicología de la razón, la historia de los orígenes y las perspectivas de fecundidad de

*todo lo que es efectivamente pensado en un esfuerzo de racionalización.*¹²

La vigilancia epistemológica constituye un capítulo insoslayable en este psicoanálisis del conocimiento racional, pues sin ella no se arriba a los actos epistemológicos que suponen la genuina actividad racional. Precisamente, Bachelard busca caracterizar la naturaleza del racionalismo, que lo concibe como «aplicado», «regional», «abierto» y «dialéctico», como un pensamiento que siempre recomienza, renueva y reorganiza. Este acento último nos remite a la «filosofía del *re*», dentro de la cual tiene su lugar la vigilancia epistemológica como la «condición de posibilidad» de todo recomienzo, renovación y reorganización de la racionalidad científica.

A modo de conclusión, afirmamos que Bachelard ubica las reflexiones freudianas en otro terreno teórico, para dar cuenta de problemas epistemológicos, pero es singularmente fiel a los textos freudianos. Podría decirse que lo que Freud ha elaborado del superyó, está textualmente presente en Bachelard, pero aquí se trata de una epistemología que quiere dar razón de los procesos de producción del conocimiento científico. Sostenemos asimismo que la categoría de «vigilancia epistemológica», aunque implícita hasta 1948, vertebrada desde sus inicios y hasta su fin la propuesta bachelardiana, pues sin ella no podría explicarse el dinamismo de los obstáculos/ actos epistemológicos para la creación de un nuevo objeto de conocimiento, tanto en el orden del sujeto de conocimiento científico, como en el de la historia de la ciencia.

Referencias bibliográficas

- Bachelard, C. (1985), *El compromiso racionalista*, México: Siglo XXI.
_____ (1978), *El Racionalismo Aplicado*, Buenos Aires: Paidós.
_____ (1991), *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Bourdieu, P. y otros (1994), *El oficio de sociólogo*, Madrid: Siglo XXI.
Freud, S. (1992a), *Introducción del Narcisismo*, tomo XIV, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
_____ (1992b), *El Yo y el Ello*, tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Notas

- * Este trabajo se inscribe al interior del Proyecto SECyT 4.1.9301: «Tendencias epistemológicas y teorías de la subjetividad: su impacto en las ciencias humanas», de la Facultad de Ciencias Humanas, Univ. Nac. de San Luis.
- ¹ Freud (1992a), p. 93.
 - ² Freud (1992b), p. 49.
 - ³ Bachelard (1991), p. 284.
 - ⁴ Bourdieu, Passeron & Chamboredon (1994), p.109.
 - ⁵ Bachelard (1991), p. 285.
 - ⁶ Bachelard (1991), p. 295.
 - ⁷ Bachelard (1978), p. 66.
 - ⁸ Bachelard (1978), p. 71.
 - ⁹ Bachelard (1978), p. 72.
 - ¹⁰ Bachelard (1985), p. 9.
 - ¹¹ Bachelard (1985), p. 31.
 - ¹² Bachelard (1985), p. 34.